

transmite con los derechos de padre los afanes de este sagrado título; pero á vosotros os impone tambien obediencia, amor y respeto. Obedecedle pues, hijos míos; miradle como vuestro ángel tutelar sobre la tierra, ó para decirlo mejor, como la imagen de Dios, pues va á ocupar su lugar, y hablaros en su nombre.

Venid pues, hijos queridos, añadió poniéndose en pie, venid y abrazad á vuestro tierno padre: venid Felix mio; ven, amado Paulino, venid y dejadme gozar de este último y dulce momento que todavía concede el cielo á mi ternura. Mi dolor fuera inconsolable, si no le templara la esperanza de que un dia nos juntaríamos en el cielo. Bendigo mil veces al Señor de haberme dado dos hijos excelentes que han sido todo el consuelo de mi vida, y que un dia vendrán á entonar conmigo las alabanzas de nuestro Criador. Que la inmensa y paternal Magestad divina os cubra con sus alas protectoras, y que su infinito amor vele sobre vosotros, para conservar la pureza de vuestro corazón. ¡Dios de misericordia! arrancadles la vida antes que se altere su inocencia.

Después viniendo á mí con cada uno de sus hijos por la mano, y haciendo el ademán de arrojarlos entre mis brazos, con voz mas esforzada me dijo Mariano, ve aquí tus hijos. Hijos, ved aquí vuestro padre. Yo atónito, confuso y anegado en mi llanto, no podia articular palabra, ni pude atinar á otra co-

sa que arrojarme á sus piés. Sus hijos hicieron lo mismo, y todos le abrazábamos las rodillas. El nos enlazaba entre sus brazos, y decia: Mariano, recíbelos en nombre de Dios. No te separes nunca de ellos; que la muerte sola pueda dividiros. Dame esta palabra; yo la necesito para morir tranquilo.

Esta situación era terrible, nó habia corazón para poderla resistir; pero lo que mas me afligia era, que impresiones tan vivas, y de sensibilidad tan exagerada, no podian dejar de conmoverle demasiado, y apresurar quizá los insultos de su mal. Así haciendo un esfuerzo me levanté, y á pesar de mi llanto procuré dar fuerza á mi voz, y le dije: Sí, amigo, yo te lo prometo. Nunca ni nada podrá separarme de tus hijos. Yo les consagré en nombre de ese Dios que me los envia por tu mano, hasta el postrer aliento de mi vida; pero ahora cuida de la tuya. Estos movimientos tan vivos pueden serte perjudiciales. Tú debes á Dios, á nosotros y á tí mismo no apresurar el momento de la Providencia. Y tomándole por la mano, le llevé á su asiento.

Después que procuré calmar la agitación de su espíritu con algunos minutos de reposo, se volvió hácia nosotros, y con tono ya sosegado y apacible nos dijo: Yo necesitaba de esta efusión de mi alma, para desahogar mi corazón y asegurar mis inquietudes; pero ahora que la naturaleza y el amor paternal se han satisfecho; ahora que la única duda que me afligia se ha disipado, ya no me queda que

desear, y voy á aguardar tranquilo la ahora del Señor. Volviéndose á sus hijos, los hizo poner entre sus brazos, los besó con ternura, y con una voz dulce y sosegada les dijo: Hijos míos, hijos que Dios me ha dado en su misericordia: grabad bien en vuestro corazon los últimos consejos que os da un padre que os ama tiernamente, y que va á morir.

Yo tengo hecho mi testamento, y en él os instituyo mis herederos por partes iguales. Vos sois igualmente dignos, vos me habeis amado y obedecido igualmente, y no pudiera yo sin injusticia preferir á ninguno. No aspireis á ser mas ricos: ya lo sois bastante; y si lo fuerais ménos, quizá quedariais mejor. La mayor riqueza es la moderacion; pero pues Dios os ha dado estos bienes, contentaos con ellos, haced buen uso, y procurad solamente conservarlos y cultivarlos, para poder hacer mas bien.

Seguid el destino ó la vocacion que el Señor os inspire; pero si su providencia no se explica con señales particulares que vuestro corazon entienda, tened por cierto, que ya os ha descubierto su voluntad con el nacimiento que os dió, y las circunstancias en que os ha puesto. Estimad la vida del campo, y preferidla, porque es la mas simple, la mas conforme á la naturaleza y á los designios de Dios, y la que os puede alejar ménos de los caminos del cielo: léjos de la ambicion, del fausto, y de lo que fomenta las pasiones, las costumbres son

mas puras, los deseos ménos vivos, y los peligros no son tantos.

Amaos siempre sin que nada pueda alterar la union de vuestras almas. Si nuestra Religion nos manda amar á todos los hombres, si la naturaleza nos estimula á amar nuestros amigos, ¡cuánto mas debemos amar á los que vienen destinados por el cielo para serlo? Dios y la naturaleza constituyen como amigos naturales á los parientes, y mucho mas á los hermanos. Y si hay muchos que no lo son, es porque las pasiones han superado y corrompido esta innata propension de los corazones. Pero en una Religion que toda es amor, en una ley que conserva la paz y la union, no solo entre los extraños, sino tambien entre los enemigos, porque la caridad nos obliga á ceder á todos, ¡cómo es posible que ningun interes pueda separar á dos hermanos? Solo el vicio pudiera tener esta fuerza, y yo espero que jamas habitará este monstruo con vosotros.

Si vuestro corazon se inclina al matrimonio, escoged una muger modesta, dulce y educada con las máximas de la Religion. No la busqueis rica; vosotros sois bastante ricos para que ellas os deban su fortuna, y tratad de vivir todos juntos para sosteneros reciprocamente en los sucesos y adversidades de la vida, y para animaros unos á otros con el buen ejemplo. Esta casa es suficiente para todos. Que vuestro corazon escoja la muger digna y honesta con quien pueda enlazar toda la cadena de

sus dias; pero que vuestro corazon no sea el único árbitro de la eleccion, sino que tambien consulte á la razon, que esta se conforme con la del otro hermano, y tambien con la del amigo que queda en mi lugar.

Aquí, hijos míos, interpelo todo el amor y cariño que me debeis, y si es necesario interpongo todo el respeto y autoridad de un padre para pedirlos y mandaros, que me deis ahora la palabra de que no tomareis ningun empeño indisoluble, ni daréis la mano á ninguna muger, sin que el otro hermano lo apruebe, y sin el consentimiento de Mariano. Sus des hijos inundados en lágrimas se lo prometieron, y mi amigo, despues de haberlos abrazado de nuevo, sossegando aquel movimiento de sensibilidad, les volvió á decir:

Haced gloria de ser cristianos. Estimad este título como el mas alto y glorioso de todos. En ningun caso, concurso ó circunstancia os avergonceis de seguir el Evangelio; y tened presentes estas terribles palabras del hombre Dios: Yo no reconoceré delante de mi Padre al que no me reconociere delante de los hombres.

Sobre todo, hijos míos, amadle, amad al divino Jesus con todas las fuerzas de vuestro corazon, y para esto no necesitais de otra cosa que de conocerle bien. Leed y guardad continuamente su Evangelio. Leedle para adorar y amar á su divino Autor. Meditadle para practicarle con mas exactitud. Em-

papaos en todas sus máximas. Penetrad vuestro corazon de sus palabras y de su espíritu para conformar á él todas vuestras acciones y discursos. Considerad toda la vida de Jesus, y tenedle presente siempre. Llevadle delante de los ojos, y en todas las ocasiones dudosas preguntaos á vos mismo: ¿Qué es lo que en este caso hubiera hecho Jesucristo? El mismo nos ha dicho, que el que le sigue no anda en tinieblas.

Amadle pues quanto podeis amar. Amadle por sí mismo, y porque es el único objeto digno de vuestro amor. Amad despues todo lo que él amó, y porque nos lo manda. Cuantas criaturas existen son suyas; por eso debemos amarlas todas, pero amándole á él sobre todas ellas. No aborrezcais sino lo que él aborreció. Que esta vil pasion del odio tan atrozmente tirana, que empieza por devorar al mismo que la tiene, no se introduzca jamas en vuestros pechos sino contra los vicios, y nunca contra las personas; y tened presente que Jesucristo quiso que su Religion se distinga y se caracterice por el reciproco amor de los cristianos.

Despues de Jesucristo lo que debeis amar mas es á su digna Madre, porque es lo que Jesucristo ama mas. María fué escogida para tan alta dignidad como ser Madre de Dios, porque fué la mas perfecta de las criaturas que han salido y saldrán de sus divinas manos. Tambien la constituyó Madre nuestra, y por eso debemos tener mucha confianza en su pa-

derosa intercesion. Dirigidla todos los dias vuestros ruegos, y sabed que la esperanza que pongo en esta Madre de misericordia, es en este momento el mayor consuelo de mis justos temores.

Escoged algunos santos, segun os inspire la devocion, para que sean vuestros abogados en el cielo; pero en quanto á vuestros ángeles custodios no hay que escoger, Dios los escogió para vosotros. Estos son los tutelares y los amigos íntimos que os dió. Vosotros les debéis mucha reverencia, y podeis dirigiros á ellos en vuestras necesidades con confianza. Yo os aconsejo tambien mucha devocion á San José, Esposo de María, que tiene títulos muy altos en el cielo.

No temais en esta vida mas que á Dios; porque él solo nos puede castigar con males que no tienen fin. Los hombres no pueden hacernos mal sino con su permiso. Los males que nos hacen son pasageros, y nosotros con la paciencia y el perdon podemos transformarlos en bienes.

La tierra es una mansion de destierro, un lugar de prueba, y un valle de lágrimas: así tened por cierto que no os faltarán tribulaciones, tentaciones y congojas. Esta es la suerte de la condicion humana y pena del pecado. Por otra parte Jesucristo mismo anunció á la virtud que sería perseguida; pero tambien nos dejó en su Religion socorros con que nos podemos defender.

Por eso el que vive de la fe no teme mas que á

Dios, y está preparado á todos los males que le pueden venir de los hombres. Si la persecucion que sufre es justa, la mira como pena de su culpa, y procura convertirla en expiacion. Considera que los hombres no son mas que instrumentos de que Dios en su misericordia se sirve para castigarle en esta vida. Le da gracias, excusa á los hombres, los perdona, pide por ellos, y procura aplacar al Autor de la justicia.

Si la persecucion es injusta, compadece á los malvados, se acuerda de sus propios errores, y ruega á Dios que los alumbre como á él en su ceguedad. Piensa que Dios le prueba, y esfuerza su fidelidad para aprovecharse de sus frutos.

Las tribulaciones no le abaten, porque sabe que no pueden ser mas que momentáneas y leves; que producen un peso inmenso de su gloria, y que las mayores no tienen proporcion con los premios inmortales que le aguardan.

Las tentaciones no le turban, porque sabe que Dios es fiel, y que nos envia los socorros proporcionados á los peligros. En sus necesidades temporales no se inquieta. Despues de hacer todo lo que la prudencia le aconseja, se abandona confiado á la providencia de un Padre tan amante como magnifico, cuya atencion se extiende hasta el mas débil pajarillo.

En sus dudas recurré al Evangelio, levanta los ojos con recta intencion á Jesus su modelo, y reci-

be toda la luz que necesita para decidirse sin temor. La muerte no le asusta, porque sabe que es el término de la prueba, el principio de una vida que no se acaba, y que con ella empieza el día eterno que no tiene noche: así despues de haber vivido con la esperanza en la tierra, vuela feliz á la patria de la inmortalidad.

Vuelvo á encargaros, hijos míos, que vuestra mas continua y mas aplicada lectura sea la del Evangelio. Reunid en vuestro espíritu el compendio de su doctrina celestial, y veréis que sus máximas son las mas proporcionadas á producir la paz, la concordia y la dulzura de la tierra; que su moral es la única que puede hacer felices á los hombres, y que cuando no hubiera otra vida, seria menester practicarla para ser dichosos en esta.

Estudad bien vuestra Religion, y procurad concebir y grabar en vuestro espíritu el magnífico plan con que la estableció Dios, y que él solo podia concebir para hacerse conocer de los hombres. Abrazadle en toda su grandeza y extension en cuanto vuestra capacidad pueda alcanzar, y por poco que podais entrever, admiraréis un edificio inmenso y grandioso, que se corresponde con la mas armoniosa proporcion en todas sus partes, y que es de una naturaleza muy superior á todas las concepciones humanas. Vos veréis que tan elevada y sublime claridad no puede descender mas que del Padre de las luces.

La vista de un objeto tan divino os producirá la admiracion mas asombrosa, el rēspeto mas profundo, y la mas reverente adoracion á su Autor incomparable. Ella os abrasará el corazon de amor, viendó lo que un Dios ha hecho por los hombres; ella os hará estimar la dignidad augusta de cristianos; ella os inflamará en la dulce satisfaccion y en la justa gratitud de haber sido escogidos para tan alto título; y ella os hará despreciar los bienes caducos de la tierra cuando los compareis con los que os aguardan en el cielo.

En fin, hijos míos, acordaos de mí para pedir á Dios que perdone mis largos desvarios. Amaos mucho; amad á todos los hombres. Tened lástima de los débiles y de los malvados, que se dejan gobernar por sus pasiones, y mas de los ciegos voluntarios que cierran los ojos á las luces victoriosas de la fe. Huid de su compañía mas que se huye de un contagio, á ménos que no tengais esperanza de hacerles ver la luz. Sed dulces, indulgentes y afables con todos. Estimad la pobreza, socorred á los pobres, y no olvidéis jamás que vuestro padre no pudo ser feliz hasta que se arrojó en los brazos de la Religion.

Desde que mi amigo acabó de hablar, sus hijos se pusieron de rodillas, le besaron las manos, le prometieron que no olvidarian sus consejos, y que esperaban con el socorro del cielo observarlos con exactitud. Su padre enternecido los recibió en sus

brazos, y les dijo, que uno de sus mayores consue-
los era morir con la idea de que dejaba en el mun-
do dos pedazos de su corazón, que serian un dia
dos adoradores eternos del Dios que habita en el em-
píreo, y que presto nos veriamos todos reunidos en
su divino seno.

Yo temí que este movimiento produjese una nue-
va conmocion, y procuré cortarla diciendo: que yo
respondia de mis jóvenes amigos; pero que no de-
biamos excitar mas nuestra comun sensibilidad, si-
no consolarnos todos con la idea de que se hacia la
voluntad de Dios. Cuando yo decia esto entraron el
cura y el médico. Mi amigo les propuso se queda-
sen con nosotros todo el dia. Ambos convinieron, y
lo pasamos todos en conversaciones tiernas y edifi-
cantes. Mi amigo hizo discursos tan sublimes sobre
la magestad del cristianismo, y sobre la bondad de
Dios, que nos encendian y arrebatában; pero nada
podia igualar á la caudalosa elocuencia y al subli-
me entusiasmo con que nos hablaba de sus próxi-
mas esperanzas de ir á verle cara á cara, de gozar
de sus perfecciones, y de alabar eternamente su mi-
sericordia.

Quando llegó la hora de recogerse, el cura y el
médico querian velar toda la noche. Mi amigo no
lo consintió, y en efecto no aparecia peligro; pero
el médico insistió, y fué preciso darle una cama en
un cuarto inmediato. Yo le forcé á que se acostara,
y llevé á mis dos discípulos para que hicieran lo

mismo; pero yo que hacia acostar á los demas no
quise hacerlo sin haber tomado las precauciones
posibles. Así me quedé por allí cerca para ver si el
enfermo necesitaba de algun socorro; pero viendo
que ya eran las cuatro de la mañana, y que mi ami-
go dormia con un sueño tranquilo y natural, me pa-
reció ir á tomar algun reposo, dejando un criado en
mi lugar.

Cuál fué mi sorpresa quando hallé á mis dos dis-
cípulos, que yo creia acostados y dormidos, al rede-
dor de una mesa que estaban escribiendo, y pregun-
tándoles lo que hacian, me respondieron, que no pu-
diendo dormir, se habian levantado para poner por
escrite los consejos de su padre para no olvidarlos.
Yo los abracé con ternura, y les dije, que esta soli-
citud era un seguro garante de que les sabrian ob-
servar. En efecto, cada uno habia escrito por su la-
do, y de las dos copias he formado el extracto que
te he referido. Yo estaba tan turbado, tan fuera de
mí, que no hubiera podido hacerlo por mí mismo.

Con esta conversacion y con la confrontacion de
los dos escritos se nos pasó la noche, y aunque yo
procuré persuadirles que entónces se fueran á acos-
tar, Felix me dijo con semblante muy affligido: Pero,
mi buen amigo (este era el nombre que me daban),
mi padre no nos ha echado hasta ahora su santa
bendicion. ¿Cómo que no? le dije yo: No tienes mas
que leer tu propio escrito, y verás como implora á
Dios para que os proteja y mantenga en su gracia.

Si, me respondió, pero esas eran oraciones que hacían por nosotros, y no bendición.

¿Qué entiendes por bendición? le pregunté yo; y él me respondió: Yo entiendo lo que todo el mundo entiende, que nosotros nos pongamos de rodillas, y que mi padre haga la cruz sobre nosotros, diciéndonos: Hijos míos, Dios os bendiga, y yo os bendigo en su nombre. Quise persuadirle que ya había dicho eso y mucho más; pero ni uno ni otro quedaron satisfechos, y por más que me esforzaba á persuadirles que ya todo estaba hecho, y que era inútil renovarle á su padre estos movimientos de sensibilidad, siempre me volvían á repetir: ¿Qué desconsuelo para toda nuestra vida ver que mi padre ha tenido el tiempo y la voluntad de echarnos su bendición, y que nos hemos quedado sin ella!

Yo admiraba su buen natural, y hubiera querido darles satisfacción tan fácil; pero temía volver á despertar las vivas conmociones de su padre, y después de alguna meditacion les presenté este motivo con seriedad. Si esto puede ser perjudicial, dijo Felix, es preciso no pensar más en ello; pero es mucha desgracia, añadió suspirando, que ayer que lo podía hacer sin inconveniente, no lo haya hecho: en fin, no hablemos más. Yo ví que á pesar de todas mis persuasiones siempre les quedaba este escozor; así les dije: Hijos, id á acostaros por ahora, tomad algun reposo, y yo veré si esto puede ejecutarse sin riesgo de vuestro padre. Ellos se fueron

á la cama, y yo daba gracias á Dios de verles sentimientos tan tiernos y cristianos.

Cuando supe que mi amigo estaba despierto fuí á su cuarto, y ya encontré al médico. Le hallamos muy tranquilo, y nos dijo que había pasado buena noche, que no sentía nada que le incomodase, que si no fuera por los insultos que le habían acometido, creyera que nunca había estado mejor; pero que aquellos parasismos eran indicios ciertos de su riesgo. Entonces le conté mi sorpresa de haber encontrado á sus hijos en medio de la noche, fijando en el papel sus consejos, para no olvidarlos, y le leí el escrito de cada uno.

Mi amigo se enterneció admirando su feliz memoria, y pidió á Dios que cultivase tan buenas disposiciones. Viéndole en tan buen estado le dije: Yo pudiera decirte otra cosa que debiera consolarte más; pero temo la ternura de tu sensible corazón, que debe estar fatigado con tan repetidas conmociones. El me protestó, que del modo que se sentía no había que temer, y que todo lo que podía decirle solo podría hacerle levantar su corazón á Dios para darle nuevas gracias. Al fin le conté nuestra conversacion, y el desconsuelo de sus hijos, porque no les había dado la última bendición, haciendo la señal de la cruz sobre ellos.

El candor y la simplicidad de la inocencia de sus hijos hizo sonreír á mi amigo; pero al instante y con un ardor presuroso me dijo: Mariano, es menester

satisfacerlos. Anda y traéme los presto. Mi mano repetirá lo que mi corazón ha hecho tantas veces. El médico se opuso con la razón de que este sería un nuevo motivo de agitarle, y que tantas y tan violentas sacudidas podían degenerar en convulsiones. Yo era del mismo parecer; pero mi amigo insistió diciendo, que él sabría moderarse, y que sería muy inhumano dejar á sus hijos privados de tan fácil consuelo, cuando ellos ponían en esto tanta importancia.

Al fin nos rendimos; pero yo dije que era menester esperar á que despertasen, que no habían dormido toda la noche, y quedó así resuelto. Mi amigo se vistió, se puso en su asiento ordinario, y poco después llegó nuestro vigilante cura, que se consoló mucho viéndole en tan buen estado. Yo confieso que á pesar de lo que me había dicho el médico, y de lo que yo misma había visto, no dejaba de tener también una cierta esperanza secreta. Me parecía que Dios querría quizá dejarle todavía algún tiempo en la tierra para el bien de sus hijos, el de aquel pueblo y el consuelo de todos.

Mi amigo no nos hablaba mas que de sus esperanzas, que siempre creía muy inmediatas; de la grandeza de Dios, de la extensión de sus misericordias, y de la felicidad de que gozan los bienaventurados con su vista; y se explicaba con tanto ardor, con un entusiasmo tan noble y fervoroso, que nos parecía un hombre iluminado. Había muchos días que mi amigo no hablaba otra cosa que del cielo, y de lo

que podía alimentar el fuego de sus esperanzas, y siempre con ardor viveza y dignidad; pero en aquel momento parecía excederse á sí mismo, y estar penetrado de un espíritu divino que le inflamaba, y le sacaba de la esfera de humano.

Era un torrente caudaloso de magestuosa elocuencia en que corrían con fuerza y dignidad las saludables aguas de las delicias celestiales, y como si las dirigiera un impulso de orden superior, penetraba nuestras almas del ardor sobrenatural que conducían. Parecía que hacia transformar nuestras inteligencias en sustancias mas elevadas, y que hacia circular en nuestras venas algunas emanaciones de la vida divina.

Todo había tomado en él un carácter, una grandeza, una actividad que parecían exceder las facultades humanas. Su tono, sus miradas, su gesto, la rapidez y magestad de sus palabras, en fin, todo lo que salía de su alma se nos presentaba con un aspecto sobrenatural. No nos atrevíamos á respirar para no perder nada. Nosotros le escuchábamos absortos y embriagados, y como si quisiéramos introducir en nuestros corazones toda el alma de este hombre incomparable para que se comunicase con la nuestra.

Al oírle discursos tan altos y sublimes, pronunciados con tanta facilidad, y animados con tan enérgica expresión, se podía imaginar que ya casi bebía en el seno mismo de la soberana verdad la doctrina

de la santa Religion y su fuerza; que cuando nos hablaba de la felicidad de los bienaventurados, ya tenia en su interior la vista de su gloria, y que ya brillaba á sus ojos toda la inmensidad de sus eternos resplandores.

Però quando escuchábamos atónitos y enardecidos discursos tan sublimes, se me avisó que Felix y Paulino estaban ya vestidos. Su padre me pidió que los hiciese venir, y yo salí á conducirlos. El cura me ha contado despues que mi amigo al instante fijó la vista en un crucifijo que tenia enfrente, y que se quedó algun tiempo profundamente recogido; pero quando sintió que sus hijos se acercaban, se incorporó en su asiento; que le pareció que su alma estaba llena de Dios, y que sus ojos resplandecian con luces sobrenaturales y celestes. Mil veces me ha repetido que esta transformacion fué tan sensible, que le inspiró un sentimiento de veneracion y asombro, y que no pudo sacudirse de una especie de terror sagrado y religioso.

Desde que vió á sus hijos, se adelantó para recibirlos en sus brazos, y con una mezcla de dignidad y de amor que no se puede describir, les dijo con un acento blando y afectuoso: Venid, hijos míos; venid, hijos tiernos de mi corazon: que nuestros ángeles nos asistan, que nuestros celestiales abogados nos ayuden, que la grande Madre de los cristianos sea nuestra protectora en este lance, y que todos los bienaventurados intercedan para que

el Dios de las misericordias escuche desde la altura de su trono la indigna voz de un padre penitente, que le pide por última gracia el que se digne de acompañar con su bendicion la que va á dar á sus humildes y respetuosos hijos.

Entónces estos se arrojaron á sus piés, mi amigo levanta los brazos al cielo, y nosotros sorprendidos de la solemnidad que daba á esta ceremonia arrebatados con el tono inflamado de su voz, y con la elevada dignidad que daba á un acto tan tierno la circumspecta magestad de la Religion, por un movimiento involuntario nos pusimos tambien de rodillas, Yo sentí que se me erizaban los cabellos, que la sangre corria con ímpetu por mis venas, y al mismo tiempo note una sensacion extraordinaria de espíritu. No podia saciarme de ver en aquel momento un mortal tan superior á todos los demas, y aun á sí mismo: me figuraba verle como cercado de una luz celestial. Sus ecos resonaban en mi corazon, y le penetraban de una especie de culto. Me parecia que el Espíritu de Dios estaba entre nosotros, y que inflamaba nuestras almas; en fin, que estábamos fuera de la tierra, y en una esfera superior que nos acercaba á las mansiones celestiales.

Mi amigo levantando los ojos, y con aquella reverente uncion que acompaña al ruego religioso, dijo: Dios de las misericordias, Dios que con una bondad infatigable, á pesar de mis largos errores, te has dignado de vencer á mi perverso corazon hasta vol-

verle al seno de tu Iglesia; tú que le has alumbrado con tus santas verdades, que le has hecho participar de tus divinos dones, y le haces morir en los brazos de tu Religión con el consuelo de la esperanza cristiana, ¿cómo no recibirás propicio dos jóvenes corazones que por una consecuencia de las misericordias que has usado conmigo estan instruidos de la verdad de tu fe, y desean vivir en el culto que nos has revelado, y que es el único digno de tu santidad?

Yo te presento, Señor, estos dos discípulos de tu Cristo, que le reconocen por su Dios, que desean seguir su divina ley, y conformar su vida con las santas máximas de su Evangelio. Yo imploro este mismo Mediador que nos diste para que nuestra bajeza pueda subir con él hasta la altura de tu gloria. Yo interpelo á este Pontífice sagrado que nos constituyó tu bondad, para que puedan ser aceptables nuestros ruegos, á fin de que lleve los míos á tu inaccesible trono, y que por sus méritos infinitos derrames sobre ellos todas las bendiciones de tu gracia.

Protégelos, Señor, socórrelos con tus luces, hazlos fuertes con tu fuerza, santos con tu santidad: qua jamás se separen de tu santa Esposa, de nuestra madre la Iglesia, que tú estableciste con tu sangre; que jamas se desvien de tu ley. Consérvalos, Señor, en su inocencia para que cuando llegue el día que les tienes señalado, vengan á cantar tu gloria en la misma mansion que tu misericordia con-

cederá á mi arrepentimiento. Y entre tanto, Dios mio, si el que vive contigo puede descender á la tierra, yo los rodearé con mi espíritu, yo volaré sobre ellos para que ninguna criatura ni prosperidad humana los distraiga un instante del incesante amor que te deben: á lo ménos, Señor, te pediré sin interrupcion que los socorras con los auxilios de tu gracia.

Ahora, Señor, ahora, Padre nuestro que estás en los cielos, dignate de abrir tu seno paternal, y acoger en tu infinito abismo de misericordia el último oficio que un padre mortal puede dar á dos hijos que le confió tu providencia. Hijos, usando de todos los derechos que me dió el cielo, cuando me dió la calidad de vuestro padre, y con todo el amor que debo á vuestros tiernos y cristianos deseos, escuchad la bendicion que voy á daros en nombre de nuestro Dios, y de su individua y adorable Trinidad; y haciendo una cruz sobre cada uno añadió: Felix, yo te bendigo: Paulino, yo te bendigo; y el Dios de las misericordias que nos ve, y escucha el gemido de nuestros corazones, derrame las suyas sobre todos nosotros.

Todos estábamos inundados en llanto, y mi amigo tambien; pero fué menester dejar que le abrazasen sus hijos, que colgados de su cuello le daban gracias con una ternura que derretia nuestros corazones. En fin, despues de haber dado algun tiempo al desahogo de todos, le procuramos sosegar dicién-

do, que ya no debíamos tratar de las cosas de la tierra, sino poner nuestra conversacion en el cielo. Yo para evitar todo motivo de nueva agitacion propuse alguna lectura, y mi amigo me pidió que leyese otra vez un discurso que habíamos leído poco ántes sobre la alegría que hay en el cielo por la conversion de un pecador.

Ocho dias mas vivió con nosotros este hombre extraordinario, dándonos siempre nuevas instrucciones y excelentes ejemplos. Jamas se desmintieron ni su moderacion ni su paciencia; jamas le hicieron ilusion nuestras esperanzas, y cuando nos queríamos lisonjear con el retardo de un ataque nuevo, se sonreia como burlándose de nuestras conjeturas. No creo que sea posible caminar á la muerte con tanta alegría; pero en fin, Dios quiso premiar su virtud, y corresponder á su confianza.

Una noche que todos dormíamos, un criado que le velaba nos vino á advertir, que el insulto le habia repetido. Yo volé con sus hijos; pero ya le encontramos sin sentido. Hice llamar al médico y al cura. Todos esperábamos que este parasismo pasara como los otros, y aun el médico hizo preparar una bebida; pero nuestra aficcion creció cuando vimos que este letargo duraba mas que ninguno.

Al fin despues de mas de cinco horas abrió los ojos. Felix corrió con la bebida preparada; pero él con un semblante risueño le dijo: Hijo mio, ya no necesito mas que de Dios. Tendió la vista por to-

dos lados, y viendo á los que estábamos al rededor, nos dijo: Amigos, Dios me llama; rogad por mí. Besó el crucifijo que tenia en la mano, le puso sobre su pecho, le estrechó entre sus brazos, y volvió á caer en su letargo.

Nosotros esperábamos que pudiese recobrar el sentido; pero ¡ay! aquel era el último, pues el médico que se acercó á observarle, nos dijo algun tiempo despues que ya estaba en la presencia de Dios. Todos nos consternamos con declaracion tan terrible, como si no estuviéramos preparados. Volamos á él, y ya le vimos sin señal de vida. Nos pusimos de rodillas por uno y otro lado de su lecho, y besándole con reverencia las dos manos, las inundamos con nuestro tierno llanto. El cura alzando los ojos y la voz, exclamó: Mortal querido de Dios, vaso grande de su misericordia, si ya estás como piadosamente creo, en el seno de su bondad divina, no te olvides de los infelices mortales que habitan todavía en esta tierra desdichada.

Sus dos hijos y los demas criados no podian contener el ímpetu de sus congojas y sollozos, y con sus angustias y alaridos gritaban al cielo: ¡O Dios de bondad! recibe favorable en tu piadoso seno al mejor y mas amable de los padres, al mas dulce y mas justo de los amos, al mas benéfico de los hombres, y á una viva imagen tuya en la tierra. Yo creí que era prudente dejar desahogar algunos instantes á tantos afligidos corazones; pero deseando

calmar tanta agitacion, y que se diese lugar á la resignacion y constancia de cristianos, pedí al cura y al médico que llevasen los hijos á nuestro cuarto, y los procurasen consolar, miéntras yo daba las órdenes necesarias.

António, yo no emprenderé contarte ni lo que pasó en la dolorosa funcion de su entierro, ni la pena y las lágrimas de aquel pueblo que le debía su instruccion y su felicidad: solo te diré, que aunque mi amigo habia mandado que se le enterrase en el cementerio como á todos, sin distincion alguna, sus hijos quisieron absolutamente que las cenizas de su padre se depositasen separadas; y para conciliar la modestia del difunto con el justo deseo del amor filial, el cura y yo consentimos en que se pusiese en una caja de plomo, y que esta se colocase en la capilla, rústicamente revestida de cal y piedra, y sin mas inscripcion que esta: *A su Padre.—Felix y Paulino.*

Tampoco te referiré los muchos y extraordinarios actos de virtudes públicas y privadas de que á su pesar fuimos testigos, y de otros que con este motivo se han publicado, y que ignorábamos nosotros mismos. Se pudiera hacer un volumen, y yo no puedo mas. Demasiado ha refrescado mi corazon sus llagas dolorosas. La poderosa mano del tiempo no bastará para curarlas, y solo puede hacerlo la omnipotente mano de un Dios consolador. A Dios, Antonio mio, á Dios.

INDICE ALFABETICO
DEL TOMO CUARTO.

A

- Abastos** de carnes, cómo se harán con utilidad del público y de la agricultura, pág. 172 y sig.
- Accite.** Es simbolo misterioso de los mas elevados ejercicios de la Religion, 378 y sig.
- Adoraciones.** Si no nos compadecemos de los pobres, somos abominables á los ojos de Dios, 21.
- Agricultura.** Su atraso de dónde nace, 101, 109. Todo pais donde no florezca, será desdichado, 161 y sig. Se reduce á principios simples, 170.
- Algebra.** Su estudio es utilísimo, 130.
- Ambicion.** La corrompida moral del mundo llama á la soberbia ambicion honrada, 99. Cuán contraria es al espíritu del cristianismo, y perniciosa aun á la misma sociedad, 101 y sig. Por qué tiene entrada en el corazon de un grande, 105 y sig.